

mismos colores, y por remate una Cruz de riquísimo oro, y en ella dibujada una Hostia, figura de este Divino Sacramento; y parecía que estaba en ella el Señor. De esta suerte el Santo Arcángel, acompañado de gran número de Angeles, vestidos de la misma librea y cantando dulcemente, (¡oh, qué procesion, si la viéramos!) daban una vuelta en contorno de toda aquella Patria Celestial; y por el camino, á un lado y á otro, habia hileras de Angeles postrados en el suelo de aquel cielo, que con gran humildad adoraban á aquel Señor; y con la bandera del Santo Arcángel iba tocando á los Angeles de un lado y del otro. En acabando esta procesion, San Miguel se llegó delante de la Beatísima Trinidad, y allí abatió la asta de la bandera delante de la Magestad de Dios, y oró diciendo: Suplícote, Dios y Señor Nuestro, Dios de grande Magestad, en nombre de todos los Espíritus Celestiales, nos hagas merced de conservar y aumentar en tu Santa Iglesia y en tus fieles, la devocion y veneracion de este Divino Sacramento. Y el Señor con apacibilidad grande respondió que habia oído sus oraciones, y dió muestra de que se haría, y echóles su bendicion. ¡Oh! y la heche sobre nosotros, para que con fervor del alma acompañemos á los Angeles en nuestras veneraciones rendidas á este Divino Sacramento. ¡Oh, Arcángel Soberano, San Miguel, no ceses en tus ruegos, para que lloviéndonos del cielo llamas de amor divino, llevándonos tú en estandarte, sigamos la procesion en esta vida, de modo que vallamos á celebrar en tu compañía tan regocijada fiesta en la gloria.

---

## PLATICA XLVIII.

DE LOS ADMIRABLES EFECTOS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO  
DE LA EUCARISTÍA.

---

*A 20 de Junio de 1694.*

---

**D**ÓNDE mas prodigioso el Nilo? ¿en lo escondido de sus manantiales, ó en lo patente de sus avenidas? Tan escondido antes, que burlando á la curiosidad todas sus diligencias, jamas pudo averiguarle su principio; pero tan patente luego, que llenando aun á los codiciosos deseos sus ansias, son estrechos márgenes de su cauce las mas dilatadas llanuras del Egipto; ¿y todo para qué? Para que lo que ocultó tan recatado en su principio, lo vierta luego en raudales de beneficio, alegría de los hombres, vigor de las plantas, fecunda vida de la tierra, que trayendo en avenidas las cosechas, hace que solo en Egipto no atiendan los labradores al cielo, cuando en las aguas de su río gozan mejorados, á la abundancia, á la salud, á la



fecundidad los influjos. Y entónces, cuando en dichoso naufragio inundadas de sus aguas las ciudades, se anegan mas en rogocijos, porque cuanto mas les esconde la tierra, les descubre mas la felicidad: *Majorque est lætitia gentibus, dijo Séneca, quó minus terrarum suarum vident.* ¿Así? Pues que por escondido y por patente es igualmente prodigioso, escóndase primero en su origen á su mayor estimacion el que solo se quiere manifestar en avenidas de beneficios; digan sus efectos quién es, y ocúltese su cuna, para que solo lo publiquen por grande sus favores, cuando así esconde la tierra toda para mostrarse cielo; corriente espejo, que en sus aguas mejor nos retrata aquel inmenso río, que teniendo en el escondido seno de Dios su principio, derribando desde allí sus corrientes todas por el cauce del mas Divino Sacramento, si en siete bocas como el Nilo reparte de los caudales de su gracia los beneficios, todas en avenida dichosa se juntan en este soberano Sacramento: *Flumen Dei repletum est aquis, parasti cibum illorum.* Y todas desde este Sacramento se reparten en raudales de abundantes frutos: *A mensa hac, dijo la boca de oro del Crisóstomo, prodit fons, qui fluvios spirituales diffundit.* A este, pues, Divino Nilo, no intente vana curiosidad averiguarle su origen, escudriñar sus Misterios, explorar el admirable modo de sus infinitos milagros. Adórelo la fé escondido, pues que ya por sus efectos se nos dá á conocer, por sus beneficios se nos descubre, por nuestro provecho se nos manifiesta: *Fide creditur, et utilitate sentitur,* dijo San Basilio. Lo que la fé ciega confiesa, el provecho mismo lo siente, y los efectos dicen bien claro al alma lo que ocultan los Misterios. A la manera que un ciego puesto al

sol, aunque no lo ve, el calor le avisa lo que en los rayos no mira. Y pues que de este Divino fecundo Nilo hemos hasta aquí adorado solo sus escondidos Misterios, ya mejor se nos dá á conocer por sus admirables efectos. Mas para expresarlos todos juntos, solo lo pudieran decir cómo los han sentido los bienaventurados, esas almas dichas que en tan subidos sentimientos hallaron en este Pan Divino todos los bienes, todas las gracias, todas las virtudes, aquellas que ya en el rostro de Dios conocen cuántas por este Sacramento fueron sus ventajas, sus luces, sus elevaciones. Mas para hablar solo de los efectos mas principales que causa en el alma este soberano Sacramento, su Magestad misma nos dió la norma cuando así nos lo instituyó en comida y bebida. Dá la razon al punto con el Concilio Florentino el Angélico Doctor Santo Tomás: *Omnen effectum quem cibus, et potus materialis facit quantum ad vitam corporalem, quod scilicet sustentat, auget, reparat, et delectat; hoc tantum facit hoc Sacramentum quantum ad vitam spiritualem.* ¿Qué efectos hace en el cuerpo la comida? Lo sustenta, lo aumenta, lo repara y lo deleita. Esos, pues, mejor en el alma son los efectos de esta Divina comida; mas para hacerlos primero, ¿qué es menester? Que el manjar se una de modo al cuerpo, que se haga con él una cosa misma. Tanto en lo material hace la nutricion, que manjares tan diversos convertidos en carne y en sangre, los que antes eran tan distintos, son ya nuestro mismo cuerpo; los que antes eran manjares muertos, ya quedan animados y vivificados con nuestra misma vida. Este es pues el primero, el principalísimo efecto que en el alma que dignamente lo recibe, hace aquel Pan Sacramentado, con-



vertir como manjar vivo al alma en sí mismo, no convertirse él en el alma, sino convertir al alma en el mismo Dios: *Nec tu me mutabis in te, sed tu mutaberis in me*, dijo el grande Agustino. Y si hay fé, si hay agradecimientos, si hay consideracion, ¿qué mudanza es esta tan estupenda del barro de la miseria, de la nada, á toda una Divinidad? ¿Qué union es esta tan admirable del hombre con Dios, no en el alma solo, sino en el cuerpo, que no hallan voces con qué ponderarla todos los Santos Padres? ¿Qué unidad, que nos hace concorpóreos de Cristo, consanguíneos del Hijo de María, Deíficos y Deiformes? voces todas, que cuanto pasman al entendimiento aun al considerarlo, infinitamente mas elevan y subliman á una alma al conseguirlo.

Deja esta union al alma con Cristo; ¿cómo? Como si á una cera derretida se le mezcla otra cera, dice San Cirilo: como la levadura queda incorporada en todo el pan, dice el Niseno: (*Orat. caelest. 37.*) como una gota de agua queda en el vino confusa y anegada, dice San Pascasio: (*c. 12. de Corp. et. San. Domini.*) como el hierro embestido del fuego, que resplandece, luce y quema, dice San Damasceno: (*lib. de Fid. 14.*) como el vástago, que ingerto en el frutal se anima de jugo, se une á su tronco y lleva su fruto, dice Santo Tomás: (*Op. de Suc. c. 20.*) como el brazo, en fin, unido á la cabeza forma con ella un cuerpo, dice San Pablo. ¿Quién no se pasma al oír las que parecen ponderaciones y son puras verdades de fé, que así quede el alma del que comulga, con union real, union verdadera, unida con el mismo Dios? *Nec fide sola; sed re ipsa*, que dijo el Crisóstomo. (*Hom. 83. in Mat.*) Ese es pues el primero, el principalísimo efecto de

este Sacramento en el alma que dignamente le recibe; ese es el efecto primario de esta Divina comida, unir. Más, dice el Concilio Florentino: *annar, hacer una el alma en Cristo: Effectus hujus Sacramenti est adunatio hominis ad Christum.*

Acababa una vez de comulgar Santa Matildis, y apareciéndosele el Señor, le pareció que sacándole su corazón y derritiéndolo, lo echó el Señor en el suyo; de modo que de ambos corazones quedó hecho un solo corazón; y el Señor le dijo: De este modo deseo yo que todos los corazones de los hombres se hagan uno con el mio. Mas, ¡oh Señor! que si para eso se han de derretir primero los corazones, ¿qué harán corazones de piedra, corazones duros, corazones empedernidos? ¿Qué favor es este, almas, á que así tan rebeldes nos resistimos? ¿Qué fineza es esta de Dios? Si á una persona de las que están presentes, y me oyen, á ella sola, digo, la levantarán los Angeles siete veces al día á oír la música de los cielos, como á Santa María Magdalena; si le imprimiera Nuestro Redentor sus llagas, como á San Francisco; si le rociaran los labios con la leche de los virginales pechos, como á San Bernardo; si la regalara con la preciosa Sangre de su mismo costado, como á San Lugurdis; si á una sola persona hiciera todos estos favores y todos cuantos de este género ha hecho Dios á tantos Santos, ¡válgame Dios! ¡qué asombros, qué admiraciones, qué pasmos nos causara! Pues mira, alma, mira hombre, mira muger, mira pobre criada, mira criado desechado, que mayores favores te hace Dios que todos estos cuando dignamente comulgas.—¿Mayores?—Sí: más que si te imprimiera sus llagas, mas que si aplicara tus labios á su costado mismo. Más, cuanto es infinito



mas quedar uno, quedar unido, quedar transformado en el mismo Dios. ¡Oh, si lo pensáramos, como abismado el entendimiento, levantaria volcanes de amor nuestra voluntad!

Mas unido así este Manjar Divino, ¿se queda en eso solo? No, que como en el manjar del cuerpo, mejor en este del alma se van siguiendo por efectos los indecibles provechos: *Sustentat, auget*. Sustenta la vida del alma con la gracia, con la gracia la aumenta y la hace crecer. Todos los Sacramentos dán la gracia; pero éste con excesos indecibles la aumenta como el que contiene en sí toda la gracia y la fuente misma de la gracia. Al no comer el cuerpo, ¿qué se sigue? El desmayo, la flaqueza, la caída, y aun la muerte. Eso pues es lo que estorva la comida, dando vigor, dando aliento; por eso pues decimos que sustenta. Así pues, este Pan Divino, dándole al alma el mejor sustento de la gracia, es el que le conserva la vida que, sin este alimento Divino, le faltara ó se enflaqueciera de modo que se acercara á la muerte.

Los animalillos que no tienen sangre, dice Arist., (*de Long. Vit. cap. 3.*) son de cortísima vida; y con todo eso la abeja vive aún mas que otros que tienen sangre. ¿Por qué será? Porque se sustenta, dice el filósofo, de un manjar tan saludable como es la miel: ésta le suple el defecto de húmedo y de cálido que en la sangre le falta, y así le mantiene la vida. ¿Cuánto mejor pues aquella miel, que contiene del cielo las dulzuras, mantendrá la vida del alma? Ni la mantiene solo, sino que la aumenta, *auget*, haciéndola crecer con repetidos auxilios, ya en la fé, ya en la esperanza, ya en la caridad, y ya en todas las perfecciones y virtudes; y tanto, que afirmaba de su experiencia sin

duda Santa Magdalena de Pazzis, que una sola Comunión bien hecha bastaba para hacer á una alma santa.

Mas como no cesa siempre de consumir el calor natural, en lo mismo con que sirve á la vida tira á la destruccion; por eso el corporal alimento sirve tambien de reparar sus quiebras, de restaurar sus daños: *reparat*. Y así mejor este Manjar Divino repara en el alma las quiebras como sustento, cura los daños como medicina, y preserva de los venideros achaques como antídoto; quiero decir, que limpia el alma de las culpas veniales que le afean y que le enferman, y la purifica de las imperfecciones. Y aun dice mas, atiéndanme los pusilánimes, dice Santo Tomás (*3. p. q. 79. art. 3.*) con el comun de los teólogos, (*Suar. ibi. a p. 73. set. 2.*) que cuando una alma, habiendo cometido una culpa mortal, no se acuerda de ella ó no la conoce, que no le acusa su conciencia, y que con buena fé, arrepentida aunque sea solo con atricion se llega á recibir este Divino Sacramento, en este caso la limpia del pecado, le dá la gracia. ¡Oh, almas vanamente inquietas por vanamente temerosas!—¿Que me parece que no me he confesado bien; que no me explico, que no estoy bien dispuesta!—Si hecha la prudente diligencia, la conciencia no acusa, ¿para qué son inquietudes tan inútiles, con qué solo tira el demonio á privaros de este Sacramento? Mirad, mirad: semejantes inquietudes padecia una alma tan pura como santa Gertrudis; (*lib. 4. in fin. c. 18.*) oíd el suceso:

En una fiesta de la Santísima Virgen, arrebatada en espíritu, recibiendo grandes favores de la Señora y de otros Santos, ella encogida dentro de sí, mirando sus imperfecciones y negligencias, pa-



reciale que siendo del todo indigna no podía corresponder á aquellos favores; y el Señor entónces mirándola benigno, y vuelto á su Madre y á los demás Santos: ¿No os parece, les dijo, que yo he enmendado bastantemente para vosotros los defectos de esta alma, cuando ella me recibió en mi Sacramento? Y mucho mas que bastantemente están enmendados, respondieron todos. ¿Te basta, Gertrudis? le dijo el Señor. Y ella: Sí me bastará, Señor, si nó solo las pasadas negligencias, sino tambien me quitaras las venideras, pues conozco mi fragilidad en caer.—Pues yo, le dijo su Magestad, de tal modo te me daré, que no solo las pasadas, sino aun las venideras imperfecciones te quitaré; y quedó alentada con esto. Así con esto se alentarán tambien muchas almas, que deseosas de los agrados de Dios, en sus inútiles temores se ponen á sí mismas sus peligros.

Así pues, como Arca del Testamento al parar el Jordán, detenidas las unas aguas dejó correr las otras al *Mar muerto*, así tambien este Manjar del cielo, no solo limpia, borra y quita del alma las pasadas culpas, sino que para las venideras, sirviendo de saludable antídoto, fortalece y preserva, ó ya amedrentando y desterrando con su presencia al demonio para que no logre los tiros de sus tentaciones: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me.* (*Ps. 22.*) haciéndonos con aquel Pan Divino terribles y espantosos á los demonios, dice San Crisóstomo: *Ab illa mensa recedamus facti diabolo terribles!* ó ya mitigando con su divino rocío de lo irascible las perturbaciones, de lo concupiscible los ardores, del fomite de nuestra carne las llamas. Aquel que á los tres niños del horno de Babilonia, les convirtió en suave ma-

rea sus incendios, en jardin apacible sus llamas, ¿cómo no templará de nuestra carne todos los perversos ardores? \* Díganlo experimentados los que por su dicha frecuentan este Santísimo Sacramento. Si alguno ve templada su ira, dice San Bernardo, sosegada la envidia, dormida la lascivia: *Gratias agat corpori, et sanguini Domini.* (*Fer. 1. in Den. Dñi.*) dé las gracias, y logre las frecuencias de este Divino Sacramento. El ciervo jamas padece calentura, y por eso dice Plinio, que acostumbrando en Roma algunas mugeres á comer de su carne todos los días, se libraron por muchos años de padecer fiebre: *Quasdam, nos principes feminas scimus, omnibus diebus carnem cervi degustare solitas, longo ævo caruisse febribus.* (*Lib. 18. c. 32.*) Denle á esto el crédito que quisieren; mas yo sé del todo cierto, que comiendo de las carnes de aquel mejor Cervatillo de los campos, nos libremos de las fiebres de todas las pasiones.

De un mancebo, refiere nuestro Paulo Berri, (*Trat. 6.*) que viéndose gravísimamente tentado de la lujuria, despues de varios medios, por consejo de su confesor, hubo de casarse; y si bien se mitigó aquella pasion, padeció sin embargo en el matrimonio gravísimos trabajos. Enviudó; volvió su batalla en la lascivia, hasta que un confesor le aconsejó que frecuentara este Santísimo Sacramento. Fuelo haciendo, y sintiendo en sí tal quietud, tal sociego, tanta paz del alma, que suspirando decía: ¡Ah, para qué me casé yo! ¿cómo no hallé en mi primer batalla quien me aconsejara esta divina frecuencia? ¡Ah, si desde aquel tiempo hubiera yo encontrado un confesor que me hubiera dicho lo que éste, ni yo hubiera perdido tanto tiempo, y fuera yo hoy quizá compañero de los Angeles! Pe-



ro aquello sin duda le convino á él como á nosotros todos este aviso, que para todas las tentaciones, sean las que fueren, no hay remedio como frecuentar este Divino Sacramento que así fortalece y repara. *reparat.*

Por último, según la disposición deleita y llena el alma de dulzuras. Tarde llegó á este efecto, que con tantos excesos han gozado innumerables almas. Maná escondido que teniendo en sí los sabores todos, solo lo puede conocer quien lo gusta. *Quod nemo nisi qui accipit;* y todo para dar al alma por el último efecto la eterna vida de la bienaventuranza: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.* Allá nos encaminan todos los demás Sacramentos con la gracia que dán; pero éste les dá á los que dignamente le reciben, especial gracia y particulares auxilios para la final perseverancia, en que está la eterna dicha de la gloria.

Refiere Jacobo de Boragine, (*Serm. de Euch.*) que el grave y antiguo Padre San Hilario, tenía entre otras, una doncellita de gran virtud, hija suya de confesion; comulgaba á menudo y alentábalala el Santo diciéndola que le tenía un Esposo castísimo y Santísimo, en cuya compañía se había de alentar mucho en las virtudes. Alabábaselo tanto, que ella ansiosa deseaba conocerlo; y á sus instancias le dijo un día que se preparase con gran diligencia para comulgar, y luego se lo mostraría. Prevínose la santa doncella con una sencillez de paloma; llegó al Altar, mostróle el Santo Prelado aquel Santísimo Sacramento, diciéndole: Hija, este es tu Esposo, y con éste se ha de unir íntimamente tu alma, sin tener ya voluntad ni afección á cosa alguna de la tierra. Quedó ella al oír esto

arrebatada en ansias de su amor; y vuelta luego, acabando de recibir aquel Divino Pan, allí en la misma Iglesia, con una suavidad y dulzura inefable, dió su espíritu á su Criador, subiendo al tálamo de la gloria; y oyóse en todo el templo una música suavísima que mostró bien cómo el Cielo celebraba sus bodas. Y si este es el fin á donde nos lleva tan Divino Sacramento, ¡oh, y sepamos lograr sus frutos de modo que los coronen los eternos gozos de la gloria.